



«RUMOR», de AMANDA FULLER

Las prensas de Editorial Río-Río acaban de poner en circulación en Santiago unos excepcionales poemas de Amanda Fuller, agrupados bajo el título de «Rumor». El prólogo del libro está firmado por quien lo ha hecho en estas líneas y su texto es el siguiente:

—Ah, los trágicos baridos en mi canto, hablar que se tragan las palabras; los infinitos ecos, repetidos, ágilmente huyendo por mi anzuelo.

Esta cita es de «Palabras muertas», uno de los cuarenta poemas de una joven mujer que se anuncia entre nosotros como un poema serio, como una de esas voces que, de tarde en tarde, sostienen un eco prolongado, una larga permanencia, una huella honda en la poesía chilena. Ese mismo poema agrega: «Sigue escribiendo en mí como en el libro, cúbreme con tu idioma que es el mío».

La dificultad de comentar una poesía de alta calidad es que uno se siente inclinado a reproducir todo aquello que le golpea, porque las palabras del poeta son muchísimo más expresivas que todo lo que de ellas pudiera decirse. Entonces, para poder decir cosas de un poeta, hemos de olvidarnos de él por el momento.

Para el poeta fondo y serio; para el pintor honrado y serio; para todo artista honrado hasta el sufrimiento en su afán de expresarse, los sentimientos personales son como el vehículo o el vaso que contiene la poesía. Ejemplo claro es «El Ruído» de la Mistral.

Pero la poesía, como dicen que ocurre con la llamada antimateria, «está». Vive en el eter anónimo del poeta y es más importante que nada. Si la vida lo permite, saldrá a la superficie en la plenitud de su fuerza y de su anchura. A veces como sucedió con María

Mouvet, avasallada por sucesos exteriores, la trágica corta prematuramente el poema encendido dentro de sí misma, en ese adman inmaterial que él sabe que lleva consigo, la fuerza necesaria para sobreponerse a la contingencia exterior, porque lo interior es lo que prima, lo que debe subsistir.

Es lo que deseamos para esta joven hermosa mujer poeta. Ella tiene un compromiso inextinguible con la sociedad en que vive. Debe entregar su caudal porque estas, sus primeras expresiones, son extraordinariamente promisorias. No es presunción ni ingenuidad. Subimos que esta mujer poeta escalará las más altas cumbres.

Ya se advierte la amplitud de su vuelo en estos cuarenta poemas, que marcan claramente un derrotero. Ya lo dice en «Así»: «Dejé de tojer sueños en mi tela. Gelatiné el ave cautiva de mi voz. Y me iré mar adentro, tras la pared del vendaval».

Muchos vendavales bienchan las velas del barco del poeta. Por distintos aguas, recala siempre en el puerto de la sinceridad. Y cada vez va afirmando con mayor sabiduría sus palabras, hasta que el canto encuentra su tono seguro y definitivo.

Uno de los poemas, llamado «Rumor», resume un curioso puente conceptual con una expresión de García Lorca, aunque nada tengan en común. El cantor granadino dijo:— «Madré, cuando yo me muera que se enteren los señores. Por telegramas naves que vayan del sur al norte».— «Rumor» dice:— «Generosa tierra, verás: roso riado; cuando yo me duerma, levanta el rumor».

Es el eterno afán filosófico de la supervivencia, que hermana la inquietud del hombre de todos los tiempos, de to-

das las razas, de todas las culturas.

En esto como el rumor está ya levantado. El canto, el grito, son por ahora, unilaterales. Pero luego, a través del dolor que irá macerando y macerando las espigas de la experiencia, las voces y las flechas se lanzarán hacia muy distintos objetivos, como la Mistral hizo, como Neruda hace.

El material de hoy está tejido con el hilo palpable de la sensibilidad en carne viva. La inteligencia está allí trabajando y poco a poco, a través de lo intelectual, irá estructurando una poesía sólida, capaz de permanecer en el tiempo. Se irá limando y afinando de las coqueas iniciales, que aparecen siempre en los comienzos, para dejar destada la estructura esculpida del acero, que es fuerte, que es un símbolo, que canta.

En suma: quedará ante una promesa que es casi una realidad entera. Ha de crecer más. Ha de crecer fuertes senderos. Ha de comprender la importancia de la autenticidad, el esteticismo de la soberbia.

En poesía, Chile, la de huella república, se la enriquezca.

Amanda Fuller es una mujer joven, que se educó por las vías de la poesía sin pretendido. Fue poeta porque no podía ser otra cosa. Su naturaleza poética, en desarrollo evidente para que pudiera desconocerla.

Contrasta, por cierto muy profundamente, con otras mujeres que, como ella, deciden porque las comparaciones sean odiosas, comben la idea de ser poetas. Deciden su inclinación como otros deciden ser abogados o arquitectos. Y se lanzan a publicar poesía, con resultados siempre miserables, cuando no lamentables. A toda costa quieren ser poetas y sólo logran llegar a poetas, cosa muy diferente.

Decido, por fortuna, es el caso de Amanda Fu-

ller. Ella habrá sido una excelente dueña de casa, una magnífica farmacéutica, y jamás habrá pasado por su mente la idea de construir poesía, si no hubiera sentido en su interior la fuerza apalancadora, insuperable, inevitable, que la empujó y le guió la mano para escribir lo que estaba en el fondo de su alma.

Tiene Amanda Fuller la obsesión esencial del poeta: la sinceridad. Puede decirse muy legítimamente con Neruda: Deseo Dios de inventar cosas cuando canto. Y una prueba muy exacta de que tiene una vena poética es que, lo mismo que en Gabriela Mistral, aurea sin parceras en nada, hay en Amanda Fuller una voz auténtica que le pertenece a ella y a nadie más.

Muchas veces nuestro oírse profundamente no ha bastado el análisis de la obra de poetas, hombres y mujeres, que según son sus primeros pasos en este difícil mundo de la expresión poética. Y siempre hemos encontrado las huellas de Neruda, de Darío, de Neruda, de García Lorca, de los Machado y hasta de Góngora o Quevedo, por citar nombres clásicos. Pero en Amanda Fuller, verdaderamente, sólo la hemos encontrado a ella. Sólo su propia huella.

Y esto es lo más promisorio, lo más grande, para un destino de su propia poesía de Chile.

Por su parte, la poeta Teresa Carrasco Mañón dice:

brevemente en la solapa de la obra: «Modesto simple, con la simplicidad de las cosas primarias, de las sensaciones que tienen eternidad, eterna, está escrito este conjunto de poemas: Rumor».

La voz encendida de Amanda Fuller, en su claridad, canta al amor, a la naturaleza, a la operación, al desahogo, al dolor. A toda la gama del sentir humano. No hay evidencia ninguna en estos poemas. Con un lenguaje cristiano, de bíblica sencillez y hondura, castro, delicada aridez de las imágenes del alma, sus versos clásicos, sin el menor afán de refinamiento.

Hay ritmo y flidez, ario insidioso, sensibidad, contenido humano. En suma, poesía.

El lector se sentirá desde las primeras palabras, profundo y embudo por este rumor que como el silencioso roto del aire sobre las hojas el mundo ríde de las lágrimas, el diminuto cantar del grillo, se impone sobre el estruendo de la civilización y el modernismo, llevando con la pureza de su autenticidad, todo lo artificial, lo transitorio, lo artificial y vacuo de la mayoría de la poesía actual.

«Rumor» es una gran voz que se gemerá con un verdadero ritmo, dentro del lector, voz que marcará todo el camino de Amanda a todo aquello que ella está y lo que ella será.

Rumor", de Amanda Fuller [artículo] Gonzalo Orrego.

Libros y documentos

AUTORÍA

Orrego, Gonzalo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rumor", de Amanda Fuller [artículo] Gonzalo Orrego.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile